

ALBERTO MACHIMBARRENA

LA REVISTA DE OBRAS PÚBLICAS viste hoy luto por la muerte del insigne y por todos querido Presidente de nuestra Asociación. Su amigo entrañable y compañero de toda la vida, Sr. Gaytán de Ayala, se ha encargado de hacer la sentida necrología que a continuación publicamos. Nada podríamos añadir. Nuestro propio pensamiento no habría de encontrar expresión más exacta ni más calurosa.

Restanos sólo enviar nuestro pésame a la desconsolada familia, y en particular a nuestro querido Director, D. Vicente Machimbarrena, a cuyo profundo dolor cordialmente nos asociamos.

En la madrugada del 2 del corriente falleció en San Sebastián, víctima de una pulmonía, Alberto Machimbarrena, a los sesenta y un años de edad.

El Cuerpo de Caminos ha perdido uno de sus miembros más prestigiosos; la Nación, uno de sus hijos más esclarecidos.

Inteligencia luminosa, privilegiado y potente cerebro, siempre despierto, siempre en actividad; mentalidad extraordinaria en la plenitud de su fuerza y de su vigor; amplio y cultivado espíritu movido indefectiblemente por los más nobles estímulos; corazón grande, generoso, delicado, pletórico de los más levantados y de los más tiernos sentimientos; amigo y compañero seguro y leal; caballero integerrimo; esposo y padre ejemplar; hombre bueno, fundamentalmente bueno... Éso era Alberto Machimbarrena.

Mucho agradezco a Carlos Orduña que se haya acordado de mí para pedirme esta nota necrológica; ha recordado, el entrañable, el fraternal cariño que profesaba a Alberto, y ha querido depararme el consuelo de sentir públicamente, rindiendo tributo del más acendrado amor, al amigo del alma, al compañero de toda la vida, al hermano, a quien he visto vivir y brillar durante cincuenta años, y a quien, con el corazón oprimido por indefinible angustia, he visto morir cristianamente, confortado con los Sacramentos de la Iglesia, rodeado de todos los suyos, en la ciudad en que nació y en la que durante años y años sembró el bien, sin tasa, a manos llenas.

Obtuvo el título de ingeniero de Caminos en julio de 1885, a la edad de veintidós años, con la calificación de *muy bueno*...

Estudiante atento siempre al cumplimiento de sus deberes escolares, no necesitó, sin embargo, de grandes esfuerzos para seguir brillantemente los cursos a la cabeza de la promoción; bastábale su extraordinaria capacidad, sin tener que recurrir a su voluntad, también vigorosa.

Pero no le bastaba cumplir bien; por inclinación innata de su espíritu, apeteció siempre penetrar en la entraña de los asuntos, dominar las materias objeto de estudio. Todos los años le llegaba la hora del definitivo esfuerzo, y en esa hora, como nos decíamos sus compañeros, entraba Alberto *en apoteosis*; con tan impropia y desatinada expresión calificábamos el comienzo de un período durante el cual era inútil llamar su atención sobre cosa distinta de la única que le preocupaba; se ausentaba de la vida real; aquel cerebro era un horno continuo. No he conocido un poder de abstracción semejante. De

día, de noche, cuando comía, cuando parecía descansar, estuviera solo o acompañado, su poderosa inteligencia estaba absorbida por una labor única, intensa, ininterrumpida, cuya eficacia era enorme. Pasados los exámenes, volvía a la vida, alegre, contento y locuaz, como quien regresa de un largo viaje por mundos inexplorados. ¡De cuántas graciosas bromas, que recordarán conmigo su hermano Vicente, Ramón Elósegui y Paco Terán, fué víctima en esos períodos de *apoteosis*.

La facultad y el hábito de abstraerse fueron características suyas siempre. ¡Cuántas veces le he visto pensar, meditar y formular juicios escritos sobre hondos y difíciles problemas, entre el rumor de las conversaciones y el movimiento de la vida familiar!

Terminada la carrera, pasó rápidamente por las Jefaturas de Teruel, Avila y Burgos, y estuvo ocho años en Logroño, puntos todos de una trayectoria que había de terminar en San Sebastián, la ciudad de sus amores. En Logroño, a las órdenes del sabio y modesto ingeniero D. Cesáreo Moroy, trabajó mucho; proyectó y construyó carreteras y puentes para la zona de su servicio, región de terreno quebrado, en la que trazados y obras eran difíciles. En unión de su entrañable amigo y compañero Ramón Elósegui, ingeniero entonces de la misma Jefatura, proyectó un tramo metálico de 100 m para el cruce del río Urumea, trabajo que regalaron al Ayuntamiento de San Sebastián, mereciendo de éste la más honrosa distinción.

Hacia el año 94, si no recuerdo mal, vió satisfecho su más ferviente anhelo, al ser destinado a la Demarcación de Vascongadas y Navarra, con residencia en San Sebastián. Desenvolver su actividad en beneficio inmediato y directo de su patria chica, colmaba las aspiraciones de Alberto.

En su tiempo se proyectaron y construyeron los puertos de Zumaya, Motrico, Guetaria y Fuenterrabía; a su iniciativa y a su esfuerzo se debió la notable obra de mejora de la dársena abierta del puerto de San Sebastián, obra que los pescadores bendicen.

Generoso agente propulsor de útiles iniciativas, su labor en pro del desarrollo extraordinario que alcanzaron los aprovechamientos hidroeléctricos, produjo en Vascongadas y Navarra incalculables beneficios. Su certero golpe de vista la indujo a estimar, desde el primer momento, la importancia excepcional y el porvenir de ese problema; y su amplio espíritu, siempre prácticamente orientado, acogió y alentó con el mayor entusiasmo toda iniciativa provechosa. En el ingeniero encargado, primero, y en el Jefe, desde que

lo fué, encontraban todos, no un censor, no un funcionario rigorista y dificultativo, esclavo de estrechas interpretaciones de preceptos reglamentarios, atento a formular exigencias frecuentemente destructoras de fecundos planes, sino un guía, un consejero, un auxiliar, un cooperador generoso. Era lo que todos debíamos ser en el ejercicio de nuestros cargos oficiales: servidor inteligente, abnegado y celoso del bien público, agente eficaz de progreso.

¡Fecunda siembra la suya, que no pudo menos de producir sazonados y óptimos frutos y engendrar universales sentimientos de gratitud y de afecto! Del bien que hizo fué consecuencia lógica la imponente manifestación de duelo que congregó en el templo y en torno del ataúd al pueblo entero de San Sebastián; y detalle emocionante y muy expresivo de esa verdadera explosión de cariño, la fervorosa súplica del personal de Obras públicas, que pidió y logró conducir en hombros el cadáver de su querido e inolvidable jefe.

Las aptitudes de Alberto Machimbarrena no podían desenvolverse en el campo acotado de una actuación profesional; su talento era universal; aquella poderosa mentalidad abarcaba las disciplinas más variadas; todo lo intentaba y todo lo iluminaba con la luz de su inteligencia.

Era característica suya la certera visión de la realidad; su labor fué especulativa mientras formaba su acervo intelectual; en la vida de hombre, su actividad era eminentemente práctica. Llegaba al fondo de los problemas rápidamente; su agilidad mental era extraordinaria, como lo era su perspicacia. Más de una vez reclamé su opinión acerca de asuntos sobre los que creía haber meditado suficientemente, y al primer golpe se le ocurrían reparos y observaciones de valor decisivo, que echaban por tierra mis anteriores convicciones.

Llegada la hora, desagradable para él como para muchos, de venir al Consejo de Obras públicas, destacó su personalidad desde el primer momento. No se discutía asunto de interés, del género que fuese, que él no esclareciese con su inteligente intervención. Excepcionalmente competente en materia de aguas, a la que tantas actividades había consagrado, dominó rápidamente las cuestiones ferroviarias, a las que en sus últimos tiempos dedicó preferente atención. Su reciente labor en la Presidencia del Consejo Superior Ferroviario, organismo de que forman parte especialistas verdaderamente eminentes, y en el que se han discutido tan arduos y trascendentales problemas, ha sido admirable; los elogios que de ella se hacen son tanto más fervientes cuanto es más autorizada la opinión de quien los formula.

¡Qué sabiduría, qué tacto, qué prudencia, qué clarividencia! Mucho le preocupó ese gran problema, que examinado con amplio criterio, desde un punto de vista elevado y patriótico, esperaba ver resuelto en el seno de la armonía y la concordia de los altos intereses afectados por él, aceptando la realidad, sin prejuicios hostiles de ningún sector contra otro, con el debido respeto a los hechos y a los sacrificios consumados.

La inesperada muerte de Alberto Machimbarrena, que deja un vacío tan difícil de llenar, ha causado en los consejeros, más que honda pena, verdadera consternación. Era respetado y era muy querido.

En cuestiones financieras era una autoridad. Fué, durante muchos años, consejero del Banco Guipuzcoano; lo era, al morir, del Banco Central, y sus relevantes dotes le llevaron a ocupar un puesto en el Consejo Superior Bancario.

Perteneció también a los Consejos de varias importantes empresas industriales.

Durante los tres últimos años ha presidido la Asociación de Ingenieros de Caminos, cargo con el que ha simultaneado la Presidencia del Instituto de Ingenieros civiles. Su actuación ha sido excepcional. Quien haya, no de reemplazarle, porque lo reputo inasequible, sino de ocupar el puesto que deja vacante, luchará inútilmente con el recuerdo de una gestión prestigiosa, autorizada, activa, inteligente, inspirada en el amor al Cuerpo, en la mayor solicitud por los asociados, en el culto al compañerismo, en la defensa de todo interés legítimo, personal o colectivo; labor oportuna siempre, eficaz en todo lo posible, hábil y suave cuando los asuntos reclamaban estos temperamentos, enérgica y austera cuando la energía era precisa.

¿A quién podrá sorprender que el nombre de Alberto Machimbarrena haya sonado con insistencia, como el de un hombre superior, apto para regir desde la cumbre del poder el Gobierno de la Nación? Tal vez su modestia, extremada como sus méritos, y acuciada por el temor de ausentarse de la para él dulce vida del hogar, le hubiera inducido a rehusar el cargo de ministro de la Corona; pero somos muchos los convencidos de que difícilmente se hubiera encontrado persona más capacitada para ejercerlo ni mejor preparada.

Su muerte, lo repito, deja vacíos difíciles de llenar. El más grande queda en el corazón de cuantos le conocieron, ¡porque cuantos le conocieron le admiraron y le amaron!

Mi tristeza es inmensa, como el cariño que siempre me inspiró; ¡será perdurable, como el recuerdo que, hasta mi última hora, consagraré a su, para mí, sagrada memoria!

Nublados los ojos por lágrimas que nacen en el fondo de mi alma, en esta hora de desolación y a la par de emoción dulcísima e intensa, séame permitido reiterar públicamente, para desahogo de mi atribulado espíritu, el testimonio del más acerbo dolor a la santa mujer compañera de su vida, a sus hijos, por mí tan queridos, y a sus hermanos, singularmente a Vicente, unido e identificado con Alberto siempre.

He tenido la amarga satisfacción de acompañarles a todos en los angustiosos días de la enfermedad y en la hora suprema del fatal desenlace.

Es mi consuelo.

El nombre de Alberto Machimbarrena ha de ser para los ingenieros de Caminos una enseña; su vida, un alto ejemplo para todos.

Descanse en paz.

J. GAYTÁN DE AYALA